



El Mar Oscuro del Escandalo

“Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre”, San Pablo nos dice. El Jesús que enseñó y sanó hace 2000 años es el mismo Jesús que enseña y sana hoy en el Evangelio y los Sacramentos. El Jesús que murió y resucitó hace 2000 años es el mismo Jesús que entrega su muerte y resurrección a nosotros en la Eucaristía y nos lleva a la comunión con la Iglesia que Él fundó allá y luego para aquí y ahora. “He aquí que yo estaré con ustedes todos los días”, prometió “aún hasta el fin del mundo”.

Pero sin la una Iglesia que El fundó, no habría memoria de este Jesús; Su promesa habría naufragado hace mucho tiempo. Sin la una Iglesia que El fundó no habría registro de Sus palabras y obras en los Evangelios que Su Espíritu inspiró a la Iglesia a adoptar como propios. Sin la una Iglesia que El fundó el “agua viva” de la vida sacramental no fluiría en nuestras vidas una y otra vez para lavar nuestros pecados y hacernos libres.

Pero las aguas salvadoras sí fluyen; su Palabra salvadora sí hace resonar; sí partimos el pan en memoria de Él. Jesús es fiel a su promesa de estar con nosotros siempre. En cada generación sucesiva Su Espíritu nunca ha dejado a la Iglesia olvidarse del mandato que les dejó a los Apóstoles: “Vayan y hagan discípulos de todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado”.

Pero desde las relaciones oscuras de Judas en el

primer siglo hasta las de Theodore McCarrick en el siglo veinte, escandaloso egoísmo *Apostólico* ha traicionado la fiel transmisión del Evangelio una y otra vez. Quinientos años atrás, no era secreto que la corrupción se extendió a los más altos niveles del Catolicismo. Los Protestantes valoraron el dado y concluyeron que la Iglesia era incapaz de reforma y recuperación; así que rompieron de la unidad Católica para establecer nuevas iglesias libres de escándalos. Pero romper la unidad católica no fue suficiente para formar la unidad Protestante. Las divisiones se multiplicaron y endurecieron entre los herederos bautismales del Señor, Quien deseó que todos fueran uno.

Esto desarrollo entristecedor había sido previsto mucho antes en el Evangelio de Juan. Cuando Jesús dijo que Él daría Su Cuerpo para alimentarnos y Su Sangre para que fuera nuestra bebida, muchos de sus discípulos reaccionaron bruscamente—“¿Cómo puede este hombre darnos Su carne para comer?”—y muchos de ellos “retrocedieron y ya no caminaron con Él.” Desde ese día hasta este, el Misterio de la Eucaristía ha sido el factor decisivo. “¿Se irán ustedes también?”, el decepcionado Jesús le dijo a sus Apóstoles. Desde ese día hasta hoy, la Iglesia ha encontrado su voz en la respuesta de San Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes las palabras de la vida eterna.”

La pregunta de Pedro confronta a cada Católico que se encuentra bajo presión de “alejarse” de las exigencias sin reservas de Jesús en nuestras mentes y corazones, de apartarse de la comunión con Él en la Iglesia a la cual Él dio poder a sus Apóstoles para construir. Pero cuando nos alejamos de la comunión con la

Iglesia, ¿qué le estamos diciendo a Jesús, Quien confió Sus palabras y Sus sacramentos a sus obispos y santos? ¿Ha dejado de ser cierta su promesa de estar con Su Iglesia hasta el final del mundo? ¿Puede Él Quién es la Verdad enredarse en un tejido de mentiras?

Mientras navegamos en el mar oscuro y tormentoso del escándalo de la traición episcopal, sería bien tener en cuenta la promesa de Jesús en el Evangelio de Juan: “Si ustedes permanecen en Mi palabra, verdaderamente son Mis discípulos; y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres.”